

obra de Satanás. Afortunadamente ninguna parte he tenido en esa asquerosa obra. Mucho lo sentiría: soy la misma inocencia y en esta ocasión no dejareis de hacerme justicia. Es preciso que los hermanos se ayuden mutuamente (1). ¡Tal era el tono de ironía que gastaba hasta con sus mismos amigos! «La obra, escribía otra vez á d'Alembert, es de un tal Dubut, jóven teólogo protestante, el cual jamás ha existido.» Tenía tanto mas empeño en decir que esta obra no era suya, cuanto mas numerosas eran las quejas suscitadas contra ella. Un obispo representó al rey contra la publicacion librada impune de semejante escrito, cuyo verdadero autor era conocido de todo el mundo. Pero Voltaire estaba protegido. La policía no velaba al parecer sobre él mas que para asegurarle la impunidad. Todas sus cartas eran abiertas por un censor, secretario general de la imprenta; causóle por de pronto algun recelo esta circunstancia; pero luego se tranquilizó, convenciéndose de que no había ningun proyecto hostil contra él. Su consideracion y su influencia se aumentaban por efecto mismo de la ponzoña que derramaba en la sociedad. Por todas partes tenía quien le admirase y sostuviese en caso necesario. Dispensóle su proteccion madama Pompadour, y despues de ella el duque de Choiseul. Muchos altos personajes solicitaban su trato, y hasta podriamos decir le formaban una corte: sabida es la concurrencia de sugetos de todas clases que iban á visitar al señor de Ferney en su retiro. La nobleza mostraba empeño en imitar á Federico II, cuya corte no había dejado de ser el asilo seguro de todos los escritores impíos que la Francia espulsaba de su seno; no pudiendo menos el mismo monarca de ser considerado como el protector mas culpable y mas peligroso de todos, porque al fin era rey, y porque como gozaba de gran reputacion, las

(1) Correspondencia con D'Alembert.

lecciones y el ejemplo que daba, como que procedian de un lugar muy alto, tenían tambien mas autoridad (1). Contando Voltaire con estos apoyos, no se inquietó mucho con el decreto que el Parlamento de París espidió el 19 de marzo de 1765 contra el *Diccionario filosófico*, al mismo tiempo que contra las *Cartas de la Montaña*, que no eran mas que una defensa de Rousseau contra la proscripcion que del *Emilio* habían hecho sus compatriotas. Ya empezaban á considerarse estas proscripciones de libros no mas que como una fórmula, y un hombre que tenía tantos amigos estaba bien seguro de evitar toda persecucion. Asi es que Voltaire prosiguió trabajando en el mismo género.

En el mismo año del decreto, publicó las *Cuestiones sobre los milagros*, el *Pirronismo de la Historia* y la *Filosofía de la Historia* (2). Las primeras son un baturrillo de reflexiones sobre toda clase de materias, sin enlace, sin eleccion y sin gusto. El autor las atribuye á autores imaginarios. El *Pirronismo de la Historia* es digno de su titulo: Voltaire encabeza esta obra con estas palabras: «Gloríome de tener las mismas opiniones que el autor del *Ensayo sobre las costumbres*.» Tacha á Bossuet de credulidad: «Seguro estaba, dice de este, que su nacion no leería sino superficialmente su bella declamacion universal, y que los ignorantes le creerian bajo su palabra, palabra elocuente y algunas veces engañadora.» Fleury no sale mejor parado: su *Historia* «está manchada con cuentos, que una vieja se avergonzaria de contar en la época presente.» Voltaire pasa de este modo revista á todas las Historias, y no encuentra mas que falsedades. Búrlase sucesivamente de los judios y de los egipcios, de Herodoto y de Tucydides, de los antiguos y de

(1) Saint-Victor, *Cuadro de París*, t. 4, part. 2, p. 358.

(2) *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII*, t. 2, p. 471-473.

los modernos. No puede decirse que discute, se chancea. Con un equívoco cree haber dado al traste con la solidez de un hecho, y se imagina ser un buen crítico por haber dicho algun chiste ó algun epigrama. Sin embargo, sus chistes son quizá la parte menos reprehensible de su obra, pues cuando no intenta hacer reír, vomita injurias. La *Filosofía de la Historia* apareció bajo el nombre del abate Bazin y fué refutada por el sábio Larcher. Voltaire en este escrito no hizo mas que repetir lo que en otras veinte partes había dicho anteriormente. Recorre una multitud de asuntos burlándose y decidiendo de todo con igual ligereza. Déjase caer varias veces sobre los Libros santos, atacándolos siempre con manifiesta predileccion, como, por ejemplo, cuando dice: «Esto no es decir que los hombres hayan vivido nunca trescientos ó cuatrocientos años. Esto es un milagro muy respetable en la Biblia, pero en cualquiera otra parte sería un cuento absurdo.» El autor cree en la antigüedad de los chinos y se burla de lo que cuenta la Escritura, mezclando con sus sarcasmos vanas protestas. Escusa la idolatría, pone en duda hasta la existencia de Moysés, y comenta á su modo la historia judáica, en la que ya con anticipacion se había propuesto no hallar mas que crímenes é imposturas. Parece que entre todos los errores que abundan en esta obra, el que menos se le puede perdonar son esas demostraciones desprecia-tivas del respeto y de la adhesion á una Religion que él combatía con tanto encarnizamiento.

Casi todas las obras que acabamos de nombrar fueron reprobadas en Roma. Un decreto de 8 de julio de 1765 prohibió el *Diccionario filosófico portátil*, el *Sermon de los Cincuenta*, el *Testamento de Meslier*, el *Catecismo del hombre de bien*, *Saul y David*, y el *Exámen de la Religion* atribuido á Saint-Evre-mont. El *Tratado sobre la tolerancia* fué prohibido por un decreto de 3 de febrero de 1766

y la *Filosofía de la Historia* por otro de 12 de diciembre de 1768.

La exaltacion del amor propio produjo el efecto de multiplicar hasta lo infinito el número de literatos y de aumentar desmesuradamente su preponderancia (1). Llegaron á constituir un verdadero cuerpo en el Estado, y un cuerpo tanto mas peligroso, cuanto que siendo esencialmente activo, no podía ejercer en una sociedad constituida su actividad mas que para destruir. *Yo soy un gran demoleedor*, decía Voltaire (2), y este dictado convenia lo mismo al último emborronado de papel que al primer poeta de la nacion. Además, cualquiera que desease adquirir una reputacion literaria, no tenía mas arbitrio que prostituir su pluma al partido dominante, que era el único que disponia de los puestos académicos y de las trompetas de la fama. El autor del mas insignificante folleto era encomiado y alentado, con tal que fuese bien impío ó muy obsceno. Voltaire le escribía una carta adulatoria y D'Alembert le ensalzaba en las sociedades. A favor del nombre de filósofo, el hombre mas tonto se convertía en el acto en hombre de imaginacion y hasta de talento: un miserable sin costumbres, sin probidad (podriamos citar muchos ejemplos), era admitido y obsequiado en casa de los asentistas, de los títulos y de los ministros: todos se interesaban en hacerle prosperar, proporcionábanle empleos públicos, y despues de haber hecho cuanto habían podido en su obsequio, no por eso se

(1) *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII*, pág. 35-37.

(2) Carta de 1.º de junio de 1770 á madama Du-Dessant, y en otra de 13 de setiembre de 1773 al conde de Argental: «dejo á mis contemporáneos limas y buriles:» bien hubiera podido añadir «chachas y puñales.» En 29 de julio del mismo año 1773 escribía al rey de Prusia: «Sería preciso trastornar la tierra para ponerla bajo el imperio de la filosofía.» En 26 de enero de 1762 se lamentaba al conde de Argental de que no fuesen aun ni bastante numerosos, ni bastante entusiastas, ni bastante ricos para verificar por medio del hierro y del fuego esta operacion filantrópica. Esto, sin duda, no es fanatismo; no es mas que tolerancia y humanidad filosóficas!

creía él con menos derecho á declamar contra el gobierno, que no sabia hacer justicia á un mérito como el suyo. Sin embargo, aunque todos los filósofos propendian á un mismo objeto, se subdividieron en varias pandillas, que se distinguían por ciertos matices de opinion. Las mas célebres fueron la de la sociedad de señorita Lespinasse, en la que dominaba D'Alembert; la de madama Necker, en cuya casa se reunía principalmente el rebaño filosófico dirigido por Voltaire; y la sociedad de madama Doublet, aunque en esta última mas bien puede decirse que los concurrentes eran parlamentarios y jansenistas que filósofos; pero tampoco eran, según dice Grimm, religiosos, y por consiguiente tenían la condicion mas necesaria para las reuniones de aquel género. La otra gran ramificación aun mas detestable, y que durante largo tiempo fué el foco mas activo de irreligion, era la del baron de Holbach, entre cuyos principales individuos figuraban Diderot, Helvetius, Turgot, Naigeon, Grimm, Saint-Lambert, Thomas, Roux, Saurin, etc. Esta contaba tambien con varios afiliados extranjeros, por ejemplo, Hume, Galiani, el marqués de Carracioli, el conde de Creutz, el baron de Gleichen, Gatti, etc.; Rousseau, D'Alembert y Buffon, que al principio fueron atraídos á esta pandilla, no tardaron en separarse de ella. De ella nació la obra titulada *Sistema de la naturaleza*, sobre la cual nos explicaremos mas adelante, aunque desde ahora no podemos menos de decir que fué un libro en que sus autores, mas consecuentes que todos los libres pensadores que les habían precedido, declararon abiertamente la guerra á Dios, á los sacerdotes y á los reyes, rechazando todo orden y toda sociedad; libro que asustó á las demas pandillas filosóficas, y que el mismo Voltaire atacó con las débiles armas que los deístas pueden usar contra los ateos y que estos pueden romper con toda facilidad. Una vez sacudido el saludable yugo de la revelacion, es un absurdo pararse en el

deísmo, y es precisamente lo que un espíritu dotado de un verdadero vigor no puede hacer; pues va rectamente á las últimas consecuencias de la incredulidad que son el ateísmo y el escepticismo, donde encuentra una especie de reposo en la muerte de su inteligencia, ó bien retrógrada á la fé que es su vida y paz verdadera. Voltaire, Rousseau y sus discípulos, que andaban bregando en medio de aquellas opiniones filosóficas, eran, sin contradiccion, los mas débiles de todos aquellos insensatos pensadores. Holbach y su principal auxiliar Diderot triunfaron, pues, y sin mucho esfuerzo, de sus *concienzudos* adversarios, y la nueva escuela de filosofia formada por ellos, mas positiva y emprendedora, derramó doctrinas mas sediciosas y mas anárquicas aun que las anteriores, y produjo resultados mas decisivos y mayor número de prosélitos (1).

La irreligion tomaba todos los tonos y todas las formas, y se cubria con todas las máscaras en las obras que diariamente sacaba á luz (2). Razonamientos, jocosidades, citas falsas, erudicion fastuosa, pedantesco alarde de tolerancia y humanidad, frases sentimentales, pinturas voluptuosas..... todo entraba en su plan de guerra. Su animosidad particularmente se dirigia á atacar, unos en pos de otros, todos los puntos de la Historia sagrada, todos los hechos sobre que reposa el cristianismo. Procuraban hacerle odioso á fuerza de calumnias. Las acusaciones mas atroces, las mas mentirosas aseveraciones eran puestas en juego por los filósofos con atrevimiento nunca oído. En vano se las refutaba: al dia siguiente volvian á renacer en nuevos folletos, siempre picantes por su forma y que eran leídos con avidéz, en tanto que nadie fijaba la vista en

(1) De San-Victor, *Cuadro de Paris*, tom. 4, part. 2, pág. 359-360.

(2) *Reflex. sobre el estado de la Iglesia en Francia*, durante el siglo XVIII, p. 39.

las refutaciones, porque, como no podia menos, estaban escritas con el decoro y la seriedad conveniente. Poco á poco se fué la multitud acostumbrando á ver la Religion bajo un punto de vista ridiculo, y á reirse de sus prácticas, de sus dogmas y de sus ministros. El respeto se iba debilitando insensiblemente; llegó el caso de que muchos temiesen pasar por muy escasos de talento confesándose cristianos; y la fé, retirada en el fondo del corazón, tenia que luchar cada dia mas desventajosamente contra el inexorable tirano de las almas débiles, la vergüenza (1). La filosofia, favorecida por la propagacion de malos libros, por el establecimiento de academias y espectáculos en las pequeñas poblaciones, entraba en el alma por todos los sentidos: alimentaba de impiedad á la generacion naciente, y depositaba en la sociedad el germen fatal que no debia tardar en producir la corrupcion y la muerte (2).

Ya se notaba en las costumbres públicas y privadas algun cambio de funesto agüero. Todos los lazos se iban relajando insensiblemente, tanto los que unen la familia al Estado, como los que unen el individuo á la familia. Echábase de ver en algunos hombres una visible tendencia á aislarse; porque el error divide, así como la verdad reúne. Las corporaciones mismas, cansadas de una lucha tan penosa, se dejaban arrastrar por el movimiento general. La nobleza, la magistratura, la milicia, el gobierno, todo se creía un abuso: la sociedad se espantaba de sí misma.

La Francia, despues de haber dominado largo tiempo sobre la Europa, no tanto por la fuerza de sus armas, como por la autoridad de sus virtudes y el ascendiente de su genio, desposeyéndose á sí misma de tan noble imperio, se humillaba á los pies de sus

antiguas rivales, de Inglaterra, de Alemania y de todas las naciones protestantes, cuyas costumbres imitaba, cuyas leyes enaltecia, cuyas luces ponderaba, cuya literatura admiraba y hasta cuyas modas adoptaba. Los franceses no eran ya aquellos hombres de otros tiempos, tan brillantes, tan altivos y algunas veces tan vanos; parecia que no fundaban su orgullo mas que en rebajarse, en envilecerse... ¡pueblo degenerado hasta de sus vicios!

La pequeñez de ánimo, la frivolidad, el furor de placeres, formaban el carácter nacional. Todas las relaciones sociales se habían invertido, confundido todas las clases, y profanado todas las consideraciones. En la misma reunion, donde algunos militares estaban entretenidos en bordar ó en hacer lazos de cintas, oíase á algunas mugeres disertar gravemente sobre ciencias, artes, filosofia etc. No faltaban magistrados, ministros, señoras de título, y aun personajes mas distinguidos, que prostituían su dignidad, dándose en espectáculo al público en comedias caseras. La vejez, reducida á tener que callar ante una juventud insolente y presuntuosa, no inspiraba mas que desprecio, ni se le tributaban mas que insultos: en una palabra, reinaba ya una anarquía de costumbres que preparaba y anunciaba la anarquía política.

A medida que el respeto hacía las altas funciones de la sociedad se iba debilitando, los oficios mas viles, hasta el de histrion, iban adquiriendo una preponderancia escandalosa. Allí donde habia riquezas no habia infamia. El placer era un ídolo á quien todo se sacrificaba, y á pesar de eso no se oían mas que amargas quejas sobre la desgracia de la condicion humana. Cansadas, pero no desvanecidas las pasiones, se irritaban de su impotencia. Se vió con admiracion una multitud de hombres devorados por una negra melancolia en el seno de las comodidades; pedían placeres á sus sentidos, y sus sentidos cansados ni distracciones siquiera podían ofrecerles: en-

(1) *Reflex. sobre el estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII*, p. 30.

(2) *Ibid.* p. 40 y 43.

tonces hastiados de todo, sintiendo en sí mismos un espantoso vacío que la desesperación abundaba sin cesar, repelidos de todas partes, apelaban al suicidio para librarse del importuno peso de una vida sin consuelo y sin esperanza. Es por cierto digno de notarse, que las doctrinas de la sensualidad no hayan podido formar ni un solo dichoso hasta el presente, y que esta maravilla esté únicamente reservada, así como otras muchas, á la doctrina de la cruz.

El espíritu de la época hacia sentir su influjo hasta en los asilos de la piedad; pues el mismo estado religioso, trabajado de esta lepra hedionda y desoladora, iba degenerando de su fervor antiguo. Las instituciones más austeras (y esto merece llamar la atención) eran las únicas que se habían preservado del contagio (1). ¿Quereis asegurarnos sólidamente de un hombre? Imponedle grandes sacrificios. Los cartujos no han necesitado reforma desde su origen, y la vida de los padres de la Trapa desde su fundación hasta nuestros días no ha dejado de ser un prodigio de rigorismo y de santidad. Ellos retrataban en toda su pureza, en medio de un siglo profundamente corrompido, las costumbres antiguas y las heroicas virtudes de los primeros solitarios, y era tan grato encontrar en medio de la sociedad estos monumentos erigidos y consolidados por mano de la Religión, como le es grato al viajero abrumado de cansancio encontrar en medio de los abrasados arenales del Africa un oasis de delicioso verdor bañado por algún límpido manantial de los que la naturaleza se ha mostrado al parecer tan avara en aquellos áridos desiertos. En algunas otras órdenes religiosas, y particularmente en una congregación conocida por su propensión á las ideas reprobadas, se manifestaba por el contrario una tendencia á secularizarse, lo cual, á no dudarlo, provenia

(1) Reflexiones acerca del estado de la Iglesia en Francia, durante el siglo XVIII, p. 60-70.

de sus propias opiniones. Toda subordinación era ya pesada para unos hombres que no reconocían ninguna autoridad; y en efecto, no hay razón alguna para que se obedezca á un abad, cuando uno cree estar en su derecho resistiendo al Papa y á los obispos (1).

En los monasterios se habían insinuado espresamente libros perniciosos para pervertirlos; y si en la mayor parte no se consiguió que los religiosos se trasformaran en filósofos, en varias partes consiguieron apagar el amor al retiro y á la oración, y por consiguiente la ociosidad, la disipación, el lujo y la afición al mundo ocuparon el lugar del recogimiento, del trabajo y del espíritu de pobreza. La abadía de *Saint-Germain-des-Prés*, en París, más accesible á las ideas del siglo por hallarse en el centro de la capital, fué una de las primeras que se abandonaron á este naciente desorden. Veinte y ocho benedictinos de este monasterio, que no querían ser religiosos más que de nombre, redactaron el 15 de junio de 1765 una solicitud contra su regla, y de allí á pocos días la presentaron al rey. En ella pedían que se les desembarazase de su hábito y se les librara del rezo nocturno y de la observancia de las abstinencias. El vestido, decían, les hacia ridículos, y los otros dos puntos de la regla les impedían entregarse á trabajos útiles. Al frente de estos cobardes desertores de su estado, figuraban dos ó tres hombres ganados, según parece, por la filosofía, y aun escitados, según se dice, á dar aquel paso por cierto personaje, que debiera haber sido de los más ardientes en contenerlos (2). De todas maneras, su petición pareció muy mal. El general, la junta de gobierno y la parte más numerosa de la congregación, reclamaron contra la tal petición. El monasterio de los titulados *Capas Blancas* de París opuso una reclama-

(1) Reflex. acerca del estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII, p. 68-69.

(2) Mem. para la Hist. ecles. del siglo XVIII, t. 2, p. 477-478.

ción enérgica. El rey por su parte mandó dar á entender á los desertores el desagrado que en su Real ánimo había causado su atrevimiento. Esta tempestad atemorizó á los veinte y ocho, y en 11 de julio dieron su retractación en manos del arzobispo de París; mas no por eso la mayor parte de ellos abandonó sus sentimientos: dos ó tres que fueron condenados á destierro, aumentaron el número de los emigrados que Federico recibía en Berlín, y entre estos iba Perneti, cabeza exaltada, que cayó posteriormente en más de una ilusión. Los demás que quedaron en Francia, y fueron secretamente protegidos por los enemigos del estado monástico, dejaron pasar la nube, y á fuerza de intrigas llegaron á dominar en la congregación. En ella establecieron con el nombre de *oficina literaria*, una especie de comité destinado á vigilar los autores y los libros, y que no dejaba pasar más obras que las que convenían á sus miras. Al mismo tiempo se manifestaban graves desórdenes en otros varios conventos. En uno abolían sin más formalidad que su capricho la abstinencia, en otro suprimían el oficio nocturno, y no faltaban conventos donde con festines y conciertos profanos mancillaban la morada destinada á la oración y á la penitencia. Disensiones molestas destruyeron el espíritu de paz y de concordia. A esta época se refieren las querellas que desgarraron la congregación de San Mauro, y privaron á la Iglesia y al Estado de los beneficios que con tanta frecuencia había dispensado á la una y al otro. Malhadadas disputas, sostenidas, según se cree, por personas que en esas mismas divisiones querían encontrar un motivo para destruir una corporación tan célebre por su piedad y ciencia, produjeron tan funestos resultados. El mismo año que ocurrió el escándalo de los desertores benedictinos, ocurrieron otras no menos escandalosas disensiones entre los capuchinos de París.

Concibese fácilmente cómo ocuparían la

atención pública la petición de los veinte y ocho benedictinos, esta larga serie de desórdenes, introducidos en muchas comunidades, y esta progresiva relajación de la disciplina. Ya hemos dicho que la asamblea del clero, afectada dolorosamente de la decadencia del estado religioso, había propuesto recurrir á la Santa Sede pidiendo remedio para tamaños males. En tanto que las personas discretas aprobaban este recurso como el medio más canónico y eficaz, los enemigos de la Religión, interesados en abultar el mal para conseguir sus fines, exagerando la relajación para que más se pensase en supresiones que en reformas, hacían un nuevo ensayo de sus fuerzas, que dirigidas con tanta destreza como audacia habían producido, como ya se ha visto, la ruina de los jesuitas. Presentaron, pues, á los religiosos como unos seres inútiles, ó más bien dicho, gravosos á la sociedad, y al mismo tiempo ofrecieron sus grandes bienes á la codicia. Cediendo á estas quejas parte legítimas y parte interesadas, Luis XV estableció el 31 de julio de 1766, por medio de un decreto de su Consejo, una comisión compuesta de obispos y magistrados, á fin de que examinaran los abusos introducidos en los monasterios y el medio de remediarlos (1). En esta comisión se admitió como vocal á un hombre que desempeñó un papel tan vergonzoso como funesto en el ministerio de Luis XVI. Brienne, arzobispo de Tolosa, era entonces ensalzado por un partido poderoso: habíale granjeado reputación de hombre de Estado y de administrador instruido. Ponderábase la sabiduría de su gobierno en su diócesis. Este prelado estaba estrechamente relacionado con los filósofos, en especial con d'Alembert, y aun se decía que participaba de sus opiniones. Hábil, sagaz, elocuente, acostumbrado al mundo y á los negocios, hizo creer que los intereses del clero no podían ir á mejores manos

(1) Mem. para la Historia Eclesiástica durante el siglo XVIII, t. 2, p. 503-504.